

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

LA BATALLA DE ITUZAINGÓ (*) (704)

CARLOS MARÍA DE ALVEAR

I. Me mueve a escribir este comentario acerca del artículo del escribano señor Ignacio M. Allende el hecho de que él, descendiente del general Tomás de Iriarte, se inspira fundamentalmente en las Memorias del citado militar, transcribiendo, glosando e interpretando varios de sus párrafos relativos a la batalla de Ituzaingó o al general Carlos María de Alvear, comandante en jefe del ejército republicano.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Lo expresado es la razón principal de mi discrepancia, pues quien haya leído aquella obra de Iriarte sabe bien que a través de sus propias declaraciones surge que éste profesaba a Alvear una profunda antipatía que le hace perder imparcialidad y exactitud en relatos o juicios vinculados con él.

Este marcado sentimiento aparece en diferentes oportunidades a lo largo de su libro. En una de ellas, al referir un incidente que tuvo con Alvear en el buque que en marzo de 1824 los llevaba en misión (Alvear como ministro e Iriarte como secretario de Legación) ante Canning en Inglaterra y ante el Presidente Monroe en los Estados Unidos, tiene Iriarte esta frase definitoria: "al que ya empezaba a detestar"(1)(705).

En términos parecidos se expresa en otras ocasiones(2)(706).

Lo que he venido expresando no ha escapado a historiadores que han leído el libro de Iriarte, así haya sido en sus originales, escritos entre 1835 y 1847, pero recién comenzados a publicar en 1944 y años siguientes. Es el caso del general J. Amadeo Baldrich, que, al dar a conocer en 1905 su Historia de la guerra con el Brasil, tuvo acceso a aquéllos, en esos momentos en manos de un hijo de Iriarte, el señor Félix A. de Iriarte, quien "por primera vez permite que sean compulsados" (pág. 340). Baldrich ha analizado con perspicacia ese contenido, pues dice: "el coronel Iriarte nos deja la impresión de no ser serenamente imparcial al juzgar al general Alvear, para el que tiene frases más que duras en ciertos momentos, que perjudican el relato y a las apreciaciones de los hechos, tanto que se ve obligado a protestar de su imparcialidad, sin que su respetable afirmación sea parte a destruir enteramente la impresión contraria" (pág. 365).

Por otro lado, el historiador Gregorio F. Rodríguez, autor de El general Soler, en el año 1909, refiriéndose a declaraciones de las Memorias comenta: "Dejemos librado al juicio del lector pronunciarse sobre esta versión, como de las muchas otras que el coronel Iriarte menciona, y que parece tuvo un admirable don de ubicuidad para asistir, presenciar y oír, el día de la batalla, cuantas órdenes, incidentes y diálogos mantuvo el general Alvear con todos los jefes" (pág. 403).

II. Ha sido necesaria esta breve introducción documentada, para situar a quien no conozca las Memorias, a los efectos de que pueda considerar mejor lo que a continuación manifiesto y comparar con el artículo.

En realidad, resulta imprescindible palpar las tan singulares particularidades del carácter de Iriarte, porque ellas impregnan sus dichos en relación con Alvear. Al haberse abierto en la forma amplísima que surge de su escrito, facilita enormemente el análisis. A diferencia de lo que habría sido si hubiéramos carecido de esos elementos, y tenido nada más que sus relatos.

Por ello, quien se base en las Memorias para escribir sobre la campaña del Brasil o la batalla de Ituzaingó sin contemplar lo que acabo de explicar, caerá, casi inexorablemente, en conclusiones equivocadas. Para evitarlo, es necesario cotejar aquella obra con las otras interesantes memorias de los participantes de la campaña militar, y con los libros de los historiadores

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

brasileños, uruguayos y argentinos, aparte de la documentación existente. En efecto, es muy importante tener en cuenta también que Iriarte es uno de los varios - no el único - que, habiendo actuado en esa guerra, ha escrito sobre ella, aunque, asimismo, sobre otros hechos. Con la característica de que comenzó sus Memorias recién en 1835, o sea ocho años después de Ituzaingó; que nunca escribió un "diario" que le sirviera de antecedente para después (t. II, pág. XVII) ; y que se basó únicamente en sus recuerdos "pues mi memoria es muy fiel" (t. II, pág. XVII, t. II, pág. /3).

Los demás republicanos que intervinieron y escribieron fueron los en aquellos momentos coroneles Paz y Brandsen; el teniente coronel Pacheco, el teniente 1° Brito del Pino, y el capitán Joaquín Revillo (estos dos últimos uruguayos). Los cinco nombrados anotaron día a día sus impresiones. Brandsen solamente hasta el 11 de febrero inclusive.

También lo hicieron aunque con posterioridad a los sucesos, los entonces teniente coronel Antonio Díaz (uruguayo) y el alférez Todd; y el médico doctor José Javier Muñiz. El coronel Chilavert y el mayor Arrieta escribieron, pero solamente sobre algunos episodios.

Entre los brasileños, con anotaciones diarias, están Machado de Oliveira y Seweloh. Y después de los hechos, Lima e Silva, sin perjuicio de varias e interesantes declaraciones aisladas de otros participantes a quienes, por algún motivo especial, se les requirió información.

En consecuencia, la conclusión lógica e indiscutible es que, mientras una buena mayoría de los memorialistas republicanos no coincida con Iriarte, no hay por qué aceptar como exactos los comentarios de éste. Sobre todo teniendo en cuenta que ninguno de los demás ha omitido contar o juzgar los episodios de significación.

Entro en la consideración del artículo en cuestión.

III. Comienza así éste: "Durante la víspera de la batalla [...] después de haber ordenado dar cara al enemigo, el general en jefe no se dejó ver en toda la noche; más aún, los dos jefes de los restantes cuerpos del ejército, generales Soler y Lavalleja, así como Mansilla, jefe del Estado Mayor, ignoraban su paradero" (extraído de las Memorias, t. III, págs. 451 y sigtes., acoto).

Iriarte, páginas después (en la 457), comentando unos párrafos de la "Exposición" de Alvear acerca de lo que el ejército hizo el día 19, tiene esta observación: "Ya he dicho que Mansilla no sabía dónde estaba el general Alvear; y, por el tenor de las palabras de éste, se puede hasta sospechar que le había encargado (a Mansilla) que ocultase su paradero". Es natural que el jefe del Estado Mayor conociera dónde estaba Alvear, aunque éste quisiera guardar secreto para los demás.

En relación con esa ausencia temporaria, nada nos dicen los demás memorialistas, lo que significa que para ellos no ha tenido importancia alguna el episodio, uno de los tantos que pueden producirse en el diario accionar de un comandante en jefe.

El historiador teniente coronel Beverina explica: cuando "el grueso de las tropas republicanas abandonan los vivaques para dirigirse al campo de

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

batalla, el general Alvear se adelanta hacia la posición que mandó ocupar la víspera. Es que ha comprendido la necesidad de ver por sí mismo el terreno y el enemigo, como único medio de que sus órdenes para el empleo de las tropas respondan a la situación. No en otra forma procede en la actualidad un jefe que tenga conciencia cabal de los deberes de su cargo"(3)(707).

Agrega el articulista, en la página siguiente, sin explicar la fuente de su originalísima opinión, estas frases que no tienen antecedentes en ningún memorialista o tratadista: "Amarga y atribulada noche la del general Alvear en la víspera de la batalla que necesariamente se habría de librar sin opción a maniobras estratégicas. La suerte estaba echada, y, quizás, el mayor acierto de Alvear en esa crítica! emergencia fue alejarse (el subrayado es mío) y permitir así que sus jefes de regimientos [...] tomaran las disposiciones más acordes con las circunstancias para poner a sus hombres en línea de batalla. Con los primeros resplandores del histórico día, Alvear reaparece en el escenario de la batalla encontrando a su ejército dispuesto en línea de combate, para suplir, a partir de ese momento, con valor personal, su falencia estratégica, que, unida a la de su contendor, permitió el triunfo del más aguerrido de los dos ejércitos".

Ni Iriarte hace una manifestación de ese calibre. Después de recordar (t. III, pág. 462) que "los otros generales no supieron su paradero durante la noche", agrega que Alvear se hace presente al amanecer para establecer "la línea de batalla".

Es realmente sorprendente que sin mención de autores o documentos que lo refrenden, pueda exhibirse al general Alvear como que durante la noche del 19 y la madrugada del 20, inexplicablemente, abandona a su suerte las tropas a su mando, para recién reaparecer - y como si nada hubiera pasado - cuando está "el ejército dispuesto en línea de combate". Veremos renglones más abajo, cómo los historiadores dicen cosa muy diferente.

Se inicia la pág. 134 con la declaración de que "quedó confirmado que la gloria de Ituzaingó pertenece toda entera al Ejército Republicano, por ser la batalla del género que los tratadistas llaman «batalla de ejército»".

Clemente Fregeiro (uruguayo), en su libro también titulado La batalla de Ituzaingó, en la pág. XIII, dijo que ésta "es una batalla del género de esas que los tratadistas llaman «batalla de soldados», que un general puede ganar pero sin mérito alguno de su parte". Esta afirmación la contradice páginas después: "es problema no resuelto todavía si el triunfo debe atribuirse en primer término al talento y a las disposiciones adoptadas por el general, como ocurre en las batallas de San Martín, o si él se debe, más bien, a la superioridad táctica de los jefes, unida a la energía y bravura de los soldados"(4)(708).

Son varios los historiadores que recogen esos términos y demuestran su arbitrariedad: el general Baldrich(5)(709) apunta: "Se ha dicho que ella fue una batalla de soldados (subrayado en su libro) y nada nos parece más inconsistente en cuanto se pretende dejar sentado con esa frase que faltó el general en la preparación y desarrollo de la acción. Por fortuna, los documentos que anteceden, las versiones de los actores y los libros brasileiros prueban luminosamente lo contrario. Estos últimos,

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

singularmente, hacen justicia a la habilidad estratégica de Alvear y a su ojo táctico en la elección de posiciones en el campo de batalla que obligó (subrayado en el texto) a los imperiales a subordinar sus maniobras y movimientos a los de su enemigo". A continuación da seis ejemplos concretos de las disposiciones principales adoptadas por Alvear en el campo de batalla, que no transcribo en homenaje a la brevedad. Termina así Baldrich: "¿Qué mayor y directa intervención se supone debe tener un general en jefe en la batalla? ¿Acaso no se puso al frente de la carga en que pereció Brandsen, cuando creyó que era necesaria su intervención en esta forma? ¿Excusó su persona al peligro?".

El coronel Enrique Rottjer(6)(710) agrega: "No hay un solo movimiento de tropas que no se realice por su orden y bajo su estricto control, y es así que cuando el benemérito e ilustre coronel Paz de su iniciativa se lanza con su regimiento en una brillante carga, recibe una justa observación del general en jefe, lo que prueba, una vez más, que la batalla de Ituzaingó fue dirigida por el comandante en jefe hasta en sus menores detalles".

Y para no exagerar con las citas, concluyo con Beverina: "En lo que se ha llamado «una batalla de soldados sin mérito alguno para el general» (las comillas están en el texto), vemos al comandante en jefe dar muestras múltiples y concretas de hallarse a la altura de la situación [...] no perdiendo de vista ni un solo instante el desarrollo del combate ni abandonando su dirección en las diferentes fases del mismo"(7)(711).

V. También en la primera página se dice que en los oídos de Alvear "se repetiría una y otra vez la desesperada como familiar admonición del general Soler, veterano del ejército de los Andes: «Carlos, ¿ hasta cuándo te has de guiar por tu solo capricho? ¿No ves dónde has metido al ejército?»". (Estas frases son de Iriarte. Ver t. III, págs. 441 y 442).

No creemos bajo ningún punto de vista que Soler haya dirigido esas palabras o similares a Alvear. En primer lugar, páginas antes (en la 437), Iriarte pone en su boca lo siguiente: "repetía que estaba tan aburrido de sufrir los desaires de Alvear y de plegarse a sus desatinos, que aunque presintiese la pérdida del ejército, estaba decidido a dejarlo hacer y excusar toda advertencia saludable, aún cuando sugiriéndola pudiéramos obtener un triunfo completo".

Como se aprecia, lo que antecede no se compagina con la interpelación referida. Ambos episodios se contradicen. (Es corriente encontrar contradicciones en las Memorias cuando hay referencias a Alvear.)

En segundo término, porque habría sido un acto de seria indisciplina hacia su superior formular la severa recriminación ("en voz bien alta", añade Iriarte), delante de oficiales de menor jerarquía: los que acompañaban a Alvear en ese momento y el propio teniente coronel Iriarte. Esto, independientemente de que el carácter de Alvear no se lo hubiera soportado.

Y tercero, - porque es totalmente incompatible con la idiosincrasia de Soler, según lo pinta el autor de las Memorias. Después de calificarlo - de "alma baja y rastrera sin "sentimiento de dignidad", agrega que el río obstante

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

"que en el decurso de la revolución hubiera sido constantemente enemigo y antagonista de Alvear, se presentaba a éste con la mayor sumisión y compostura". "Muchas veces he sido testigo de la sumisión de Soler; se había siempre tuteado con Alvear, pero ahora le daba el tratamiento de excelencia, mientras que Alvear continuaba tuteándolo. Era admirable la resignación de Soler para el que conociese su altanería"(8)(712).

VI. En pág. 133 hay una referencia a - la conocida carga que Alvear ordenó al valiente coronel Brandsen, y en la que infortunadamente muere. Resulta oportuno; recordar el episodio que como en todas las cosas - puede verse con enfoques opuestos. Sin embargo, la gran mayoría de los historiadores o testigos de la acción justifica la disposición tomada por Alvear.

Ernesto Quesada dice que "al ver el movimiento envolvente del - general Brown comprendió Alvear que estaba perdido si no lograba deshacer aquella división que venía ensoberbecida. El mejor cuerpo que tenía a la mano era la división Brandsen [...]. No creyó prudente Alvear esperar a que semejantes tropas hubieran pasado los barrancos para deshacerlas; no tenía a la mano artillería para ello - era una locura intentarlo con caballería -, pero la angustia del supremo instante no admitía vacilación"(9)(713).

El doctor José Javier Muñiz, destacado médico que acompañó al ejército, comenta que "el general Alvear ha sido acusado como culpable de las pérdidas que experimentó la división que mandaba ese coronel, como de la que estaba a las órdenes del coronel Paz, en cargas desesperadas con la infantería [...]. Pero este es un cargo injusto y a la vez calumnioso. En aquellos momentos de inminente peligro para el ejército, teniendo delante un enemigo que manifestó en la celeridad de sus movimientos de frente, actividad y pericia, era urgentísimo detenerlo por un golpe audaz, aunque fuera con sacrificio [...] se le evitó mediante las impetuosas e imponentes cargas [...]"(10)(714).

El coronel Chilavert, que también actuó en Ituzaingó, refiere que "el momento era crítico, era uno de aquellos que suelen presentarse en la guerra, en que es necesario hacer los mayores esfuerzos y sacrificarse para vencer, sino para no ser vencido. El - objeto se logró. El enemigo paralizó su movimiento. Nuestra artillería e infantería coronaron las alturas y desde ese instante nada hubo que temer"(11)(715)

El general Bartolomé Mitre, en carta que dirige a Eduardo Acevedo Díaz, reflexiona: "Esta fue la concepción del - general Alvear, que había leído a Jomini y repitió como Napoleón en Waterloo: "Era llegado el momento de sacrificar la caballería para salvar la batalla"; Agrega Mitre: "Era lo único que había que hacer con un ejército superior en caballería, inferior en infantería y con una artillería bien servida y bien situada"(12)(716).

Mucho más elocuentes que estas síntesis a que estoy obligado para no ocupar demasiado lugar en la Revista, son los textos completos de los autores transcritos, que recomiendo leer.

En igual sentido que los anteriores opinan Baldrich, Beverina y otros.

Naturalmente que Iriarte no podía decir sino lo siguiente: que Alvear "lo hizo matar torpemente a él y a otros muchos valientes que allí cayeron, por obrar

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

sin tino ni discernimiento estimulado tan sólo por su habitual propensión de hacer un papel de farsa con aparato teatral". Había afirmado en la página anterior que "estaba en aquel momento arrobado de éxtasis o insania que se apoderaba de él cuando pretendía hacer el héroe, el «faux Napoleón»" (el subrayado es de Iriarte)(13)(717). Obsérvese el tono, que es el habitual en él cuando a Alvear se refiere.

VII. En pág. 135 aparece que "Garzón y Alegre, a instancias de todos los jefes, terminan de convencer a Alvear sobre la necesidad de librar batalla. El río Santa María que se presentaba no vadeable, compele al general en jefe a tomar determinaciones [...]".

Vayamos por partes. Primero, no son "todos" los jefes, según el propio Iriarte (ver t. III, pág. 442), sino los que allí menciona.

Segundo, de los antecedentes bien estudiados, y no guiándose solamente por las Memorias, aquellos dos coroneles uruguayos (amigos personales de Alvear desde el sitio de Montevideo, en 1814), lo entrevistaron motu proprio, según así surge del "certificado" de servicios que "a pedimento del mismo señor Garzón" le entregara aquél en 1832; y no por encargo de otros.

Tercero: ni Paz ni Pacheco (que habrían estado entre los jefes que, según Iriarte, encomendaron la tarea referida), que han escrito sus diarios, mencionan para nada el episodio. ¿Cómo no lo hubieran hecho si lo comisionado tenía por objeto - nada menos que hacer modificar a Alvear su plan que, según Iriarte, consistía en cruzar el Santa María para huir? Además, Paz, que leyó la '¿Exposición" de Alvear de 1827, y que objeta dos cosas que en ella figuran, nada dice del simulacro del cruce del río por los coraceros de Medina, referido por su autor, ni contradice la información del mismo de los prisioneros brasileños soltados por él adrede el 19 para que contaran en su campamento - lo que así hicieron - que los republicanos estaban cruzando el río para escapar.

La idea de Alvear de maniobrar para que Barbacena lo persiguiera creyendo que fugaba está ratificada por muchos, y uno de ellos es Antonio Díaz, que relata que los republicanos dejan Casiquí el 18 al anochecer en "prosecución de su plan de falsa retirada"(14)(718). Alvear no pensó cruzar el río con todo el ejército.

Cuarto. En el "certificado" que le expide a Garzón expresa que lo que éste y su compañero le propusieron "era lo que estaba resuelto a verificar, como lo hice". Garzón ni Alegre jamás dijeron que tuvieron que convencer a Alvear, lo que hubieran hecho si así hubiera sido. Con lo que la frase del certificado refleja la verdad del pensamiento de aquél.

He tenido que sintetizar para no usar de demasiado espacio.

Pero el tema da para mucho más, y quizás en otra oportunidad me explaye sobre el mismo.

VIII. Es erróneo afirmar también que el ejército republicano era "impecable en todos sus aspectos" (pág. 131), y agregar renglones más abajo que "tenía relucientes equipos", cuando son suficientemente conocidas las fallas serias que éstos tenían, así como también la desproporción de la infantería

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

en relación con la numerosa caballería. Quien a todo esto se refiere con detalle es otra vez Antonio Díaz, en sus memorias. Destaca (pág. 288) la malísima construcción de las monturas. "ellas eran tales que el animal que sufría dos jornadas quedaba llagado del lomo sin remedio". "Las municiones de la infantería eran escasas y también defectuosas" (pág. 306); "aquella tropa no tenía polvorines, tan útiles para la celeridad de los fuegos" (pág. 304). "Pero lo más defectuoso del ejército eran las carretas destinadas a la conducción del parque y bagajes [...] por lo grosero de su construcción y por la poca base que generalmente tienen; más bien que rodar parece que se arrastran [...]".

Agrega que la infantería quedó limitada a 1.400 hombres cuando, según los proyectos de Alvear, debían ser 3.600 (pág. 290). El gobierno "nunca cumplió en lo relativo a la infantería". Critica su desproporción con la caballería, que tenía 4.831 hombres y para los cuales se requerían cuatro caballos por soldado; "basta saber que un ejército de 5.000 hombres de caballería ha de conducir veinte o veinticinco mil caballos [...]", con los enormes problemas para su alimentación, cuidado durante las marchas, etcétera.

Refiriéndose a todo esto, añade Díaz: "Debemos un tributo de justicia al general Alvear encargado de la creación del ejército [...] y no queremos vituperar un defecto que sabemos positivamente no ha estado en poder de aquel jefe remediarlo" (pág. 289). "¿Qué general, buen ciudadano, deja de sacrificarse por la defensa de su patria empeñada en la causa de su libertad e independencia, cualesquiera sean los elementos que se pongan a su disposición para sostenerlo?" (pág. 300). "Es constante que el general en jefe representó detalladamente las deficiencias, y con repetición, al gobierno desde aquel punto (Arroyo Grande). Ellas no fueron remediadas".

En lo que se refiere a la organización del ejército después que Alvear reemplazó al general Rodríguez en su comando, así opina Díaz: "La creación y la instrucción del ejército de la república en el campamento del Arroyo Grande en la Provincia Oriental, en el decurso de 76 días es una operación que hace mucho honor a los generales y jefes de todos los ramos indistintamente [...] (pág. 281) y a pesar de la defectuosa combinación de sus armas, llegó a atravesar con asombrosa rapidez y constancia, cien leguas de tierras despobladas de un territorio abrazado por los rigores de la estación".

IX. En pág. 132 se transcribe a Iriarte, refiriéndose éste a momentos antes de Ituzaingó: "el Marqués de Barbacena nos dejó formar tranquilamente nuestra línea de batalla, operación que tuvo la calma de contemplar a pie firme y sin moverse" (Memorias, t. III, pág. 459) .

Supongo que un acontecimiento tan insólito como el referido habría merecido algún comentario de historiadores o participantes en la batalla. Pero nada encontramos en aquéllos ni en los memorialistas contendientes. Al contrario, con sus relatos, muchos lo contradicen. La más categórica de las desmentidas la da el propio Barbacena, en la carta que dirige al general Cunha Matos, el 2 de marzo de 1827. Entre otras cosas, le expresa:

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

"A las 6 horas de la mañana, da parte la vanguardia de estar el enemigo apostado en las alturas vecinas del Paso del Rosario, y disponiendo mudar de caballos inmediatamente según es costumbre del país, avancé con el mariscal Brown a reconocer el campo: fácil me fue evaluar la fuerza enemiga [...] Unánimemente asentamos que, no obstante la superioridad numérica del enemigo, un ataque inmediato y vigoroso durante el entusiasmo de nuestra tropa, podría decidir la batalla [...]"

El mariscal Brown, en el parte sobre la misma, informan: "Por la proximidad en que se hallaba el ejército del enemigo [...] no hubo tiempo para dar otras disposiciones que no fuesen atacarlo" (Baldrich, ob. cit., pág. 354).

Lima e Silva - también combatiente - dice algo similar.

El mismo Fregeiro ratifica que "la primera división imperial prepara sin demora un violento ataque [...]" (ob. cit., pág. 173). Hay más ejemplo.

X. En cuanto a la falta de estrategia demostrada por el general Alvear en el desarrollo de la batalla, es otra declaración para la que tampoco trae el autor del artículo parecer de algún historiador, en su apoyo.

Es un tema en el que hay opinión abundante, pero en sentido contrario. Comenzando por alguno que en otros aspectos de la campaña ha criticado a Alvear, es un ejemplo el de Ernesto Quesada: "Esta declaración (de Machado de Oliveira sobre un episodio de la batalla, que no vale la pena transcribir), hace el más alto honor a las condiciones de estratégico del general Alvear"; o cuando comenta que al principio de la misma Alvear ;"[...], con su golpe de vista de táctico consumado, lanzó las milicias de Laguna contra las líneas brasileñas [...]" ; o "[...], después de haber preparado con tan consumada estrategia su plan de campaña [...]" ; "de haber aprovechado su campo de batalla" ; "de haber atraído al enemigo hasta donde se propuso [...]", etc.(15)(719).

El coronel Enrique Rottjer refiere: "Alvear se decide por la adopción de la ofensiva estratégica [...]". "En el general Alvear se nota un deseo vehemente de alcanzar la sorpresa estratégica"(16)(720).

Es conocida la nota de Alvear a Lavalleja al emprender la marcha desde el Arroyo Grande, en la que le indica que debe "empeñando su astucia", engañar al enemigo acerca del itinerario que seguirá el grueso del ejército.

Recuerda Gregorio F. Rodríguez en su Historia de Alvear (t. 1, pág. 353), que éste emprendió, en 1813, la organización del regimiento nº 2 de Granaderos a caballo "bajo la enseñanza de la táctica moderna con arreglo a un estudio especial preparado por él sacado de los ,mejores autores de la época". Viene de lejos su experiencia en estrategia.

Páginas atrás vimos cómo Baldrich comentaba que también los brasileños "hacen justicia a la habilidad estratégica de Alvear y a su ojo táctico en la elección de posiciones en el campo de batalla".

Asimismo, el general Mitre tiene esta opinión: "Como general tenía (Alvear) calidades de mando y poseía sobre el arte de la guerra ideas más completas que los demás generales de su tiempo, con excepción de San Martín" (Historia de Belgrano, t. 2, pág. 153, edic. de 1876).

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

XI. La consideración que debo al señor Director de la Revista - asimismo autor del artículo que acabo de comentar -, que ha tenido la atención de acceder a la inserción del mío, me inhibe de poder extenderme aún - como hubiera sido mi deseo y lo justifica el tema - para no ocupar más espacio destinado a la función específica de la misma.